

**Brisa Varela, *La migración armenia en Argentina. La ruptura del mito del retorno*, Editorial Dunken, Buenos Aires, 2002.**

---

El libro que aquí se reseña es la versión completa de la tesis de maestría por la autora defendida ante la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires en agosto del año 2000. Su objetivo central es estudiar el proceso por el cual los inmigrantes armenios llegados a la Argentina se constituyeron en colectivo social, adoptando formas particulares de identidad. Para ello se apoya en conceptos, sobre todo "Nación" y "Díaspóra", pero que remiten a un conjunto de nociones asociadas ("patria", "pueblo", "grupos étnicos", "identidad", "estado", "territorio", etc) todas ellas ambiguas y polisémicas, a las que enfoca desde la perspectiva de un operacionalismo disciplinar, no hace tanto tiempo objetado por prestigiosos investigadores como Clifford Geertz para quien es poco lo que puede aportar a la comprensión de una realidad tan compleja y conflictiva como la actual, que requeriría de aproximaciones precisas y más genuinamente interdisciplinarias, pero que ofrece una salida igual a esa situación de potencial dispersión teórica a la que él tanto teme, y a ese desafío que todo estudioso enfrenta exponiéndose a un permanente proceso de careo, como por ejemplo podría suceder con el criterio escogido para definir las etapas de desarrollo de los nacionalismos sobre el que el propio Geertz tendría probablemente bastante que decir, cuestionando la legitimidad en el uso que hacemos de nuestros términos de referencia, por lo que pareciera aconsejable tal vez encarar una cierta historia de las transformaciones semánticas, como lo proponen orientaciones tan distintas como las que son capaces de proveer Raymond Williams o Reinhart Koselleck o, más simple que eso aún, apelando a marcos transdisciplinarios más fuertes, más de primera mano si se quiere, y prestando atención a nuestros actores, lo que restituiría esa difusa temporalidad de los términos, evitando el anacronismo de la traslación hacia atrás de nuestras acepciones actuales.

Con todo, es desde ese punto de partida, que se presenta como la necesaria base para el posterior despliegue de un cierto esfuerzo de contextualización que se realiza y en que se procura imperceptiblemente armonizar dos modelos, el del crisol de razas y el del pluralismo, que si

que si la autora no se propone abordar *ex profeso* dirime entre ellos al casi naturalmente pasar de la reconstrucción de las grandes líneas macroestructurales en los primeros capítulos a la de los mecanismos, formas de comportamiento y estrategias a través de los cuales desarrollaban cotidianamente su vida los inmigrantes, cuestión que van ganado espacio tal vez porque son los medios que en su momento les permitieron garantizar su acceso al mundo del trabajo, el usufructo de sus viviendas, o que los llevaron a configurar "lugares comunitarios" en otros casos llamados barrios étnicos, pasando a ser valorizadas en pasajes incluso por encima de esa arquitectura global a la que sin embargo nunca olvida.

Por último, sobre esta primera sección, dominada por un tipo de análisis que podríamos llamar "estructural" y que en general reitera para los armenios conclusiones obtenidas para otras colectividades, se superponen los capítulos finales, desde nuestro punto de vista los más logrados de la obra, referidos a la construcción de un imaginario territorial nacionalista en que los inmigrantes pudieran reconocerse. Un imaginario que, en el caso de la primera generación, supuso la elaboración de todo un sistema de representaciones, en referencia a un tiempo y a un espacio míticos asociados a la existencia de un "paraíso perdido", devenido ahora en objeto de deseo y que imponía la obligación del retorno para ser partícipes de la reconstrucción de esa irredenta patria de que los habían despojado, pero que al ser discursivamente formalizada desde la Diáspora, legitimados sus autores por su papel de víctimas del Holocausto y mediado por la presencia de un muy sólido aparato institucional, aparece revestido de significaciones funcionales a las necesidades de los emigrantes, o de sus elites para ser más precisos, pero que no tenían por qué ser compartidas en el futuro. Por eso, para la segunda generación, sobre todo al comparar la movilidad social lograda en Argentina con las condiciones de vida imperantes entre la población armenia bajo la égida soviética, era evidente que, sin renunciar a su identidad, la "misión histórica" de volver tenía que ser pospuesta hacia delante, aunque cuando más flagrante se hizo la contradicción fue con la tercera generación, al surgir un estado armenio producto del derrumbe de la URSS, que hacía imposible disimular una resolución que sabían nunca tomarían. Llegados a este punto sin embargo algunas acotaciones parecen necesarias. En

primer lugar subrayar, dada la centralidad conferida al Holocausto entre los emigrantes que hacía de esa condición de sobrevivientes su primera y única identidad conectada con la experiencia, la peligrosidad del paralelismo con la Shoa, un recurso accesible pero a utilizar con cuidado porque no parece posible el traspaso sin modificaciones de una a otra experiencia, vaciándolas de sentido por la especificidad de las culturas y de las vivencias. Y luego, porque la radicalidad misma de la situación sufrida por los armenios no debiera llevarnos a pensar como excepcional la construcción de su identidad sin advertir que, si bien distintas, elaboraciones similares se dieron en el caso los millones de personas que recién aquí comenzaron a sentirse españoles o italianos, o de la misma Argentina, que ante todo fuera una "invención", en el sentido no solamente sostenido por Hobsbank, Wagner o De Certeau si no en nuestro mismo país por autores como Halperín Donghi, Chiaramonte o Shunway, lo que no resta méritos al texto.

*Dedier Norberto Marquiegui.*  
*Investigador de Carrera del Consejo Nacional de*  
*Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET)*  
*Profesor Ordinario de la Universidad Nacional de Luján.*